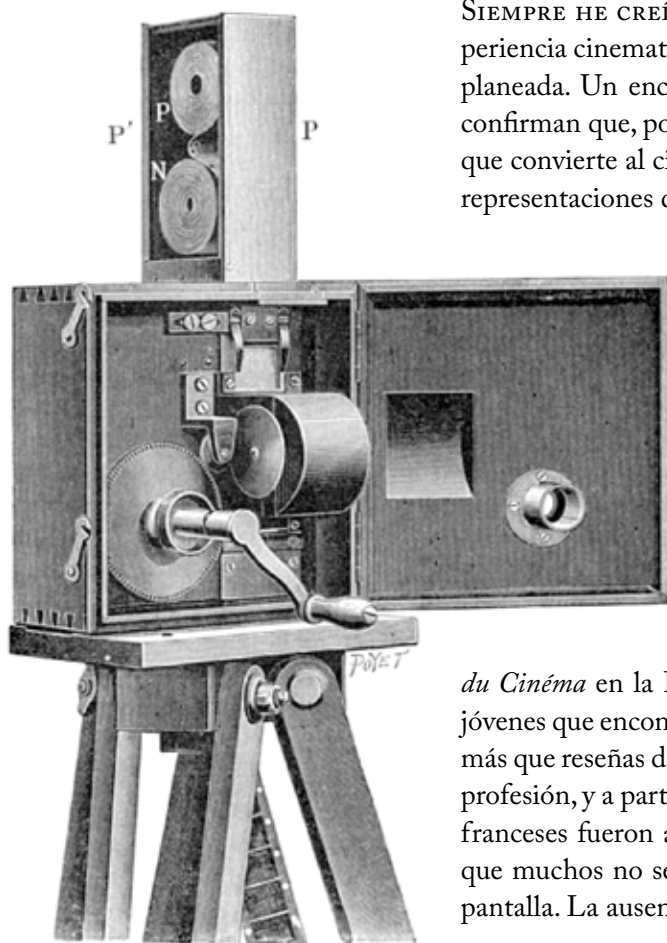


Pierre Smolensky y Serge Daney Padre e hijo

Llamil Mena Brito



Cinematógrafo en modo de proyección

SIEMPRE HE CREÍDO QUE EL VALOR AGREGADO que se obtiene de la experiencia cinematográfica es el encuentro con una búsqueda difícilmente planeada. Un encuentro difícilmente asequible, pero más de cien años confirman que, por lo menos, existe una inexplicable pero cierta estancia que convierte al cine en un espacio enigmático, saturado de emociones y representaciones que encantan y comulgan con los más básicos instintos

de la gente; lo suficientemente poderosos para que regrese a ese oscuro lugar llamado sala de cine. Hay quienes vivimos y enfermamos por ese encuentro, se nos llama cinéfilos; una enfermedad diagnosticada oficialmente hace muchos años y que sigue propagándose, siempre gracias a la existencia misma de la historia del cine y de obras contemporáneas que nos hacen ver y sentir la existencia de posibilidades que extinguen nuestras frustraciones.

Serge Daney (1944-1992) fue el heredero natural de la primera gran fiebre cinéfila de la historia, aquella bautizada en los ensayos de *Cahiers du Cinéma* en la Francia de su adolescencia. La primera generación de jóvenes que encontraron en la afamada revista de portada amarilla mucho más que reseñas de películas. Eventualmente, Daney halló en *Cahiers* una profesión, y a partir de ese momento comenzó su búsqueda, de la cual los franceses fueron afortunados testigos, pero a la par se enfrascó en otra que muchos no se imaginaban. El rastreo de una ausencia dentro de la pantalla. La ausencia de su padre.

A pesar de ser un prolífico crítico, Serge Daney no dejó un solo libro donde pudiera expandir el virtuosismo de su óptica. Lo único con lo que contamos es con toda la colección de críticas y reseñas no compiladas, y un libro jamás escrito, que hoy cuenta como la herencia de su pensamiento. *Postcards from the cinema* (Berg, 2007) es un texto que agrupa la entrevista que Serge Toubiana realizó a modo de testamento días antes de la muerte de Daney víctima de SIDA. Es este el libro que captura de mejor manera las entrañas del crítico francés más allá del evidente carácter biográfico y temático. Me atrevo a generalizar, y por eso omito decir “las entrañas de Serge Daney”, pues en estas postales se puede percibir la naturaleza, los ritos de paso, la intensidad con la que todo crítico que pasó por las filas de *Cahiers du Cinéma* vivió y luchó. Y es que en el siempre controvertido campo de la historia cinematográfica hay algo que permanece incontrovertible: el lugar que la revista francesa ocupa en los anales historiográficos. Hay un antes y un después de esta publicación para la historia del cine. Para los iniciados, es la publicación que, más allá de catapultar los nombres de los críticos y cineastas más reconocidos de la segunda mitad del siglo xx en Francia, produjo una revolución en la forma de elaborar crítica allende sus límites geográficos y temáticos. Algunos hablan de la revista de arte más relevante en la historia. Otros, del santuario de muchos de los pensadores franceses más destacados del siglo.

Fue en la historia misma de esta publicación donde Serge Daney pudo explicar su origen y su herencia. Primero como asiduo lector de la época dorada, aquella que se fecha arbitrariamente entre los años 1951 y 1959 por las colaboraciones de André Bazin, François Truffaut, Jean-Luc Godard, Éric Rohmer y Jacques Rivette; después, en 1964, fogueándose en la redacción con entrevistas mientras *Cahiers* vivía su revolución interna a la par de la que acontecía en las calles: el compromiso político y radical con la izquierda, la refundación teórica y básicamente la desaparición del cine de aquellas nostálgicas portadas amarillas. Daney

aprovechó esos turbulentos años para viajar y encontrar en esta actividad una de sus más profundas pasiones. En 1973 se incorporó como el nuevo director de la revista y junto a Toubiana confrontaron la misión de devolverle el cine a aquellos cuadernos. Hasta el tiempo que abandonó la dirección, 1981, esta publicación incorporó las temáticas más personales de Daney: la implosión de la televisión, las implicaciones ideológicas en el cine de los setenta y las vanguardias cinematográficas. A su salida de la publicación se dedicó de lleno a la crítica televisiva y pocos meses antes de su muerte fundó la ahora icónica revista *Trafic*.

Esto tan sólo conforma parte de una biografía que en realidad resultan datos que prolongan una vida, literalmente hablando, pues dentro de *Postcards from the Cinema*, la historia de Serge Daney adquiere tonos distintos al *curriculum vitae* de un hombre destacado en la historia de la profesión que ejerció. Es dentro de sus críticas y de estas memorias donde la verdadera vida del hombre se recrea. Hablábamos en un principio de la relevancia de su padre y no es cosa menor, porque dentro de toda la teoría, las metáforas, la fe ciega, su padre fue probablemente lo único objetivo que este crítico buscó en una película. A partir de la leyenda contada por aquella otra mitad en su vida, su madre, aparentemente el padre de Daney participó en algunos filmes como extra, además de colaborar en la posproducción de películas a finales de la década de los cuarenta. Esto, ciertamente, no pasaría de ser una anécdota contada por su madre pero repercute en la forma de comprender el complejo mundo en que Serge Daney desarrolló su crítica: una suerte de introspección donde el cine y la película comulgan con los deseos y la más básica (¿o más desarrollada?) teoría psicoanalítica. Reculo y hablo de una teoría personalísima por parte de Daney, una que contempló de lleno el desarrollo de la televisión y su desarticulación histórica con el público, el análisis psicoanalítico y estructuralista; y evidentemente, los anhelos y desencantos de un joven que vio efervescer una época dorada del cine y después se encontró con el desencanto de las rebeliones perdidas.

Penetrar en esta crítica es observar a detalle las inquietudes de una generación por lo demás especial. Aquella que sólo puede entenderse a partir de los estragos de la Segunda Guerra Mundial y del ímpetu revolucionario que tuvieron los años sesenta en sus vidas. Fue la misma historia para muchos críticos y cineastas franceses que depositaron sus pérdidas y su fe disipada en las pantallas de cine. Fueron todas aquellas películas norteamericanas y las ciudades europeas derruidas el contexto de sus deseos y repulsiones. Justo ahí se forjó una moral muy particular, la de la imagen de la destrucción y la pérdida.

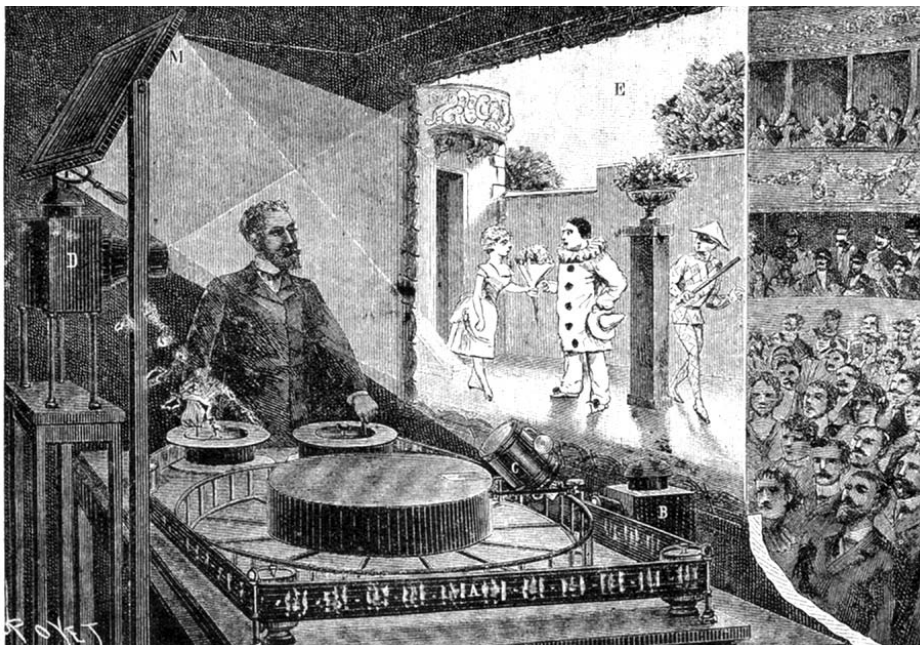
Si algún consenso se puede construir respecto al mosaico tan diverso que representa y representó el catálogo de autores de *Cahiers du Cinéma* es el de la responsabilidad moral del cine, una parte de la llamada política de autor. Si existía una crítica válida para los “padres” de la revista, se hallaba en las imágenes de los campos de concentración y esto se transmitió de manera incontrovertible de generación en generación.

La única reseña crítica que se publica de manera íntegra en este libro al que hoy me refiero es “The

Tracking Shot in *Kapò*” y sin duda tiene una razón de ser. Funciona prácticamente como un oráculo a los principios que rigieron la forma de entender el cine por parte de Daney. Fue escrita en el cuarto número de la revista *Trafic* meses antes de la muerte del autor y rememora la relevancia que tuvo en su juventud la crítica que Jacques Rivette hizo en junio de 1961 al *travelling* final de la película *Kapò* del director Gillo Pontecorvo. En su momento, la crítica se tituló “Sobre la abyección”, y su intención era exhibir el acto de ese *travelling* como una falta de sentido común por parte del director, quien hizo de una imagen sobre los campos de concentración un acto estético. Serge Daney nunca vio la película, no tenía que verla para entender el argumento de Rivette, fue este el punto cero de su comprensión sobre el cine a los 17 años de edad.

Pierre Smolensky fue el nombre del padre de Serge Daney. Un judío que la madre de Daney tuvo a bien describirle como un intenso viajero, políglota, cosmopolita y gente de cine. Un judío que sobrevivió los horrores de la guerra gracias a su carisma y sus buenas relaciones. Una historia que Daney nunca tuvo que corroborar para creerla. Conoció fotos de él,

pero siempre faltó esa imagen en movimiento; sin embargo, su encuentro con aquel padre se dio en la otra instancia del cine, tal vez la que el crítico más amaba: las letras y la memoria de cada película que convirtió al cine en una forma de presente y de pasado. Un encuentro difícilmente asequible. En el caso de Serge Daney y Pierre Smolensky, tan inasequible como el libro que nunca escribió el hijo, y la película en la que padre nunca actuó. ■■■



Teatro óptico de Émile Reynaud